

823
M.

PA 2625

E 53

F 548

v. 1

*Prohibida toda tra-
ducción y reproducción.*

Es propiedad.

*Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE

I

El crimen de Jaime Fugeret.

Las cercanías de Rennes son preciosas, están pobladas de bonitas granjas, en las cuales parece reinar el bienestar, rodeadas de campos bien cultivados, cortadas por innumerables caminos á cuyos lados se extiende una infranqueable barrera de verdura. Todas estas bellezas dan al país un aspecto pintoresco y encantador, hasta que se llega á los límites de la Bretaña y sobre todo por el lado de Avranches y Fougères,

Pero si al salir de esta última ciudad se toma el camino de Lorient, se interna uno poco á poco en un terreno, que es el de la verdadera Bretaña, la antigua y sombría Armorique.

En las cercanías de Plelan, el paisaje es de lo más salvaje que nadie se puede figurar.

El suelo, de llano y fértil que era, se cambia en áspero y pedregoso.

Los bloques de granito, de raras formas y cubiertos de musgo, levantan sus negras cabezas y salen de la tierra como horribles calaveras.

En las cercanías del extenso bosque de Paimpont, creería uno hallarse en medio de un campo de batalla cubierto de esqueletos.

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1020

Tal cual es, este país ofrece al filósofo amante de la soledad, una elección variada de tabaídas silenciosas y de aldeas perdidas, donde apenas llegan los ruidos del mundo.

La aldea de Saint Jean-du-Desert, es una de ellas... No hay que suponer, sin embargo, que se encuentra en medio de una llanura árida, arenosa é infecunda; sería un error.

Edificadas en la cima de una verde colina, cuyas laderas están tapizadas de praderas, rodeadas de cercas, sus casas bajas y sólidas, indican el bienestar, debido al trabajo de los campos, y su torre de granito domina con su gallo dorado un paisaje que atrae por lo rústico.

Desde la cima en que domina, se descubre un inmenso horizonte en el cual, de distancia en distancia se ven algunos grandes edificios, que alegran esta inmensa soledad, tan buscada por los cazadores por abundar en ella la caza mayor, jabalíes y ciervos, y en la cual, á excepción de los leñadores, los carboneros y algunos propietarios que de ella viven, no se encuentra casi nadie en invierno, viniendo á reunírseles en verano los grandes copropietarios que poseen en ella grandes dominios y cuyos rendimientos, bastante pequeños, van disminuyendo de día en día.

A principios de setiembre de 1869, sobre las diez de la mañana, un joven de unos veinte años, de negros y abundantes cabellos, espesas cejas, ojos enérgicos, bronceada piel, abultado s carrillos, saliente barbilla, altiva frente, bozo apenas naciente, alto y fuerte, todo nervios, todo músculos, desembocó por un camino hondo que iba á dar á la plaza de la aldea y se di-

rigió con ligero paso á una casa un poco más grande que las demás, edificada entre un patio y un jardín al lado de un cementerio que rodeaba á una iglesia. Sobre el tejado, una pequeña cruz gris indicaba al primer golpe de vista el destino de aquella casa: era el presbiterio.

El joven, que llevaba un palo en la mano é iba vestido con una descolorida chaqueta, negra en otro tiempo, y con un pantalón bastante usado, se detuvo, y sin llamar empujó la puertecilla, como hombre que entra en casa conocida, y se encontró frente á frente de una criada de edad madura, alegre y colorado rostro, que al aire libre mondaba patatas sobre una mesa de blanca madera colocada delante de la ventana de su cocina.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor Jaime?—exclamó.

—Creo que sí.

—¿Venís á almorzar?

—Si me convidáis, claro que sí, Mariana—contestó sonriéndose.

Pero aquella sonrisa no duró más que un momento, momento en que su rostro se iluminó, dándole una expresión que le transfiguró de cruel y sombrío en acariciador y dulce, casi hermoso.

—¿No está el señor cura?—preguntó.

—No, pero no tardará en venir.

—¿Está en el castillo?

—Claro. ¿Dónde queréis que esté?

—¡Caramba! muy bien pudiera estar á la cabecera de algun enfermo ó leyendo su Breviario bajo la sombra de algún árbol del bosque.

El joven había pronunciado la palabra «castillo» con un tono, en el cual se leía la amargura y quizá la envidia.

La criada se encogió de hombros, y redoblando la actividad en su trabajo, añadió:

—Cualquiera diría que ni la Forge, ni sus habitantes os gustan.

—¿Por qué?

—¡Oh! no seáis hipócrita, no es esta la primera vez que hago esta observación. Ya me he preguntado muchas veces qué es lo que tenéis contra las señoras de Arvil; lo único que os han hecho ha sido bien.

El rostro del joven se puso lívido, y con acento seco contestó:

—¿Por qué me lo recuerdan tan amenudo?

—¿Creer acaso que lo olvidó?

Y dulcificando su acento, prosiguió:

—Esas señoras no me han hecho más que bien... así es. ¿Qué motivos podría yo tener para odiarlas?

—Las ideas de los jóvenes de hoy en día no se comprenden—dijo la criada con tranquilidad.—Hace algún tiempo que os encuentro cambiado... ¡En todo caso hariais muy mal si no quisiérais á esas señoras! Cuando vivía el señor de Arvil os protegía muchísimo, os quería como si fuérais de su familia.

—¡Pobre!—dijo con amargura el joven.

Mariana, que así se llamaba la criada, hizo un nuevo movimiento de impaciencia y continuó diciendo:

—Desde hace cinco años que murió, la condesa se ha mostrado con vos más generosa aún y en cuanto á la señorita Magdalena, que es una perla... Creo que no vais á sostener lo contrario, ¿eh?

Al oír el nombre de Magdalena, el rostro del joven cambió de nuevo; se puso púrpura.

La criada, que había levantado la cabeza, abandonando por un momento la limpieza de las patatas, fijó sus ojos en el visitante, y viendo la oleada de sangre que le subió á la cabeza, le dijo:

—¿Por qué os ponéis colorado?

Y viendo que titubeaba en contestar, añadió:

—Estos estudiantes, en cuanto que delante de ellos se habla de una muchacha, no saben dónde meterse. Vamos, Jaime, no penséis en esos pajarillos, que son, según dice el señor cura, son instrumentos de perdición. Habladme de vuestra madre. ¿Cómo está?

—De mal en peor, Mariana. Cuando me he marchado, aumentaba la fiebre.

La voz del joven se había alterado.

—¿Y el médico?

—¿Qué queréis que haga? No se le puede mandar venir todos los días. ¿Quién le pagaría? Los médicos son muy exigentes, y además jamás han impedido á nadie el irse al cementerio cuando le llega la hora.

—Con mal pie os habéis levantado hoy por la mañana, Jaime. El señor Cambry es un sabio y una excelente persona; la señora condesa os le ha enviado.

—Sí, varias veces, por caridad...

—No, por amistad... Hacéis muy mal en hablar de la manera que lo hacéis algunas veces. Le digo en muchas ocasiones al señor cura que no sois vos del paño del que se hacen los buenos sacerdotes...

—Ya sé... y por eso me llama el insurrecto.

—En broma... Nos tiene, tanto á vos como á mí, gran cariño... tenéis demasiadas ideas de ambición y de fortuna...

—¿Eso también lo dice el señor cura?...

—¡Quizás!... Y yo pienso como él... si es que queréis saber mi opinión.

El joven nada contestó, frunció el entrecejo y se mordió los labios.

La criada prosiguió:

—Sin embargo, si quisiérais, no se pasarían muchos años sin que tuvieseis una posición envidiable; tendríais un buen presbiterio, como el nuestro, con un gran jardín...

—Y novecientas libras al año...

—No es mucho... pero se vive bien y con tanta tranquilidad...

—¡Sí, como un pobre aldeano en su cabaña, privándose de todo!...

—Claro que no se puede tirar el dinero por la ventana; pero no hace falta tanto para vivir: la vida es tan corta...

—Para los ricos, á quienes nada falta... Para los demás, los años tienen doble duración.

Mariana dió un ruidoso suspiro, como una persona que está harta de escuchar.

Echó las patatas en una cazuela desportillada y se entró en la cocina sin decir una palabra.

Jaime Fugeret la oyó mover sillas, murmurar palabras inarticuladas, remover con el gancho el carbón del hornillo, y sin importarle nada, se tumbó en un banco rústico que había delante de la casa, debajo de un hermoso emparrado.

Una vez solo, se puso á pensar. La mañana era magnífica. Un hermoso sol de otoño esparcía por todas partes un calor dulce y vivificador.

Mariana quizá tenía razón. ¿Qué necesidad

hay de ser rico para gozar de la vida y respirar el aire puro y templado que pertenece á todo el mundo y que no cuesta nada?

Una ligera arruga crispó sus labios.

Pensó en la choza húmeda y baja en la cual su madre agonizaba, mortificada por el asma complicada con una peligrosa pulmonía.

Se acordó de su padre, el fabricante de zuecos, muerto de pena, casi de miseria, ahuecando los pedazos de encina y de roble, con los cuales fabricaba los zuecos, trabajo que apenas le daba para comer.

Pensó con disgusto en la limosna que para educarle habían pagado por suscripción, porque desde su infancia había demostrado disposiciones excepcionales; escribía, leía y contaba á los cinco años, lo mismo que el maestro en persona.

Los Fugeret estaban destinados de padres á hijos á la pobreza y á las privaciones de todo género.

Desde hacía más de ciento cincuenta años, sus «mayores», esta palabra la pronunciaba como si hubiese mordido una manzana verde, no habían tenido otras industrias, no habían poseído más que una cabaña, que el menor golpe de viento de noviembre ó de marzo, amenazaba derribar.

Y la posesión de aquella cabaña nadie sabía de donde les había venido.

¡Qué diferencia con el castillo de la Forge, edificado á más de un cuarto de legua de allí, y cuya avenida iba á parar á la plaza de la iglesia!

Desde el banco, frente á él, Jáime Fugeret veía por debajo del follage de la avenida, una

gran parte de la fachada del castillo, con sus blancas persianas, iluminada de llena por el sol.

Y con sus penetrantes ojos, reconocía los menores detalles, la escalinata de siete escalones, el vestíbulo abierto y hasta los grandes rosales trepadores que cubrían las paredes de granito azul, con una inmensa cantidad de flores de color de carne.

Allí era donde ella vivía.

¡Ella!

Magdalena, la hija única de la condesa de Arvil, la heredera de ciento cincuenta á doscientas mil libras de renta.

Era sobre poco más ó menos lo que segun decían poseía la señora de Arvil.

¿Pero quién lo sabía? ¿Quién podía conocer las economías acumuladas en aquella familia de grandes propietarios, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos?

De todos modos Magdalena debía ser rica.

Además era hermosa.

Tenía á lo sumo diez y ocho años.

Ni aun en Rennes la antigua ciudad aristocrática, ni en el sombrío edificio donde había pasado su juventud estudiando el hijo del fabricante de zuecos de San Jean du Desert no podía borrar de su mente la imagen de la joven, cuyos encantos aumentaban á medida que iban pasando los años.

No podía alejarla de su memoria, si bien es verdad que no hacia esfuerzo alguno para olvidarla.

Se complacia en que su recuerdo turbase sus noches, llenando por completo su pensamiento, su cerebro y su alma como grava el

buril del artista en la plancha metálica de acero, donde no se puede borrar.

Aquella era, una obcecación diabólica.

Sin cesar veía los rubios cabellos que en otro tiempo pendían en trenzas sobre las espaldas de la señorita del castillo y que ahora se enroscaban alrededor de su palida frente y sobre su cuello.

Tenía la boca pequeña sonriente y fresca como una rosa, tenía hermosísimos dientes admirablemente colocados, los ojos eran grandes azules vivarachos, y dulces como el cielo de mayo, el talle estrecho y delicado, los brazos eran de exquisita forma, terminados por unas manos delicadas y finas.

-- ¡Pero para qué tanto detalle!

El la admiraba, la amaba, así pues, estaba dotada de todas las perfecciones.

Solo con pensar en la señorita de Arvil, Jaime Fugeret sentía un estremecimiento de amor y el deseo correr por sus venas, la fiebre le hacía temblar, sus dedos se crispaban nerviosamente.

¡Expulsad, pues, tales visiones!

Separad estos fantasmas encantadores cuando han llegado á apoderarse por completo de nuestro ser.

Cuando Magdalena le dirigía la palabra, lo que hacía cada vez que le encontraba, el desgraciado perdía la serenidad y no sabía qué contestar. Balbució frases incoherentes que extrañaban á la joven.

¡Aquello era amor sin duda!

Pero un amor brutal, loco, violento, mezclado con odio.

Sí, la odiaba por su superioridad, por el des-

embarazo con que le hablaba, por sus bromas, en las cuales creía ver el desdén, el desprecio que el rico siente para con el pobre, ó por lo menos con la indiferencia con que la señorita de Arvil trataba á la multitud de obreros que vejetaban á su alrededor.

¡Ah! la pobre muchacha era todo bondad, una bondad angelical, trataba con gran generosidad y con una ternura sin límites á todos sus inferiores.

Jaime Fogeret estaba absorto en sus pensamientos, tenía los ojos fijos en la avenida de la Forge, cuando en el extremo distinguió una silueta negra que apareció en el vestíbulo del castillo.

Se volvió, se inclinó para hacer algunos saludos de despedida, bajó los escalones, atravesó el jardín y entró en la sombra de la avenida, dirigiéndose pacíficamente hacia la aldea.

—Ya viene el señor cura—dijo Mariana desde la ventana de la cocina.—Dentro de pocos minutos estará en casa.

Se percibían desde fuera excelentes olores de guisado, un humo espeso se levantaba por encima de la cacerola, en la cual bailaban las patatas sazonadas con tocino.

La alta silueta del cura envuelta en su sotana como una espada en su vaina, y coronada por un ayo tricornio del que salían unos cuantos mechones de cabellos blancos, se adelantaba á grandes pasos.

Poco después llegaba á la entrada del presbiterio.

El rostro del sacerdote tenía un aspecto bonachón; su sotana y su sombrero acusaban largos años de servicios y una ausencia total de

coquetería, pero estaban muy limpios. En aquella fisonomía de viejo se leía una dulzura resignada, no muy grave, incontestablemente honrada, y que inspiraba en seguida confianza.

El abate Aselin era en efecto una excelente persona en toda la extensión de la palabra, lo que se llama un buen hombre, tolerante, caritativo, bueno con los pobres, entre los cuales vivía, y que componían casi por completo su rebaño.

Al llegar á la puerta vió á su protegido, y con gran alegría le dijo:

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? ¡Tenía hoy por la mañana el presentimiento de que te vería! Por eso no he querido detenerme mucho en el castillo. ¿Almuerzas con nosotros?

—¡Sí, sí—exclamó la voz de la criada.— ¡Cuando queráis podéis sentaros á la mesa!

El anciano no notó el desagrado con que Jaime Fogeret acogió su proposición. Entró antes que su protegido en el comedor, que hacía las funciones de recibimiento y de sala.

Los cubiertos estaban colocados sobre un mantel de irreprochable blancura aunque de poco precio.

El mobiliario era tan sencillo como el resto de la habitación, tapizada de papel gris y verde con cuadros encarnados.

Dos platos de campo de chillonas flores, una garrafa llena de sidra amarilla, pan moreno, y, en cuanto el dueño y su convidado estuvieron instalados, el plato de patatas con tocino, que componía el almuerzo.

Mariana volvió á la cocina, cerrando antes discretamente la puerta.

Entonces, al mismo tiempo que llenaba el plato del joven, el sacerdote, que se había puesto á examinarle, dijo:

—¡A tí te pasa algo!

—¡Pero!...

—¡No tienes hoy la cara tan alegre como otros días!

—¡Os aseguro!...

—¡Sé franco! Desde hace algún tiempo estoy intranquilo...

—¿Por mí?

—¡Sí, por tí! ¡No estás como otros años! Antes estabas siempre alegre, sonriente y contento... Ahora estás triste y preocupado... Buscas la soledad... ¡Sin embargo, debías ser dichoso! Has acabado brillantemente tus estudios... vas á prepararte para ordenarte... tienes un excelente porvenir...

Al mismo tiempo que hablaba el cura almorzaba con gran apetito.

El paseo matinal y el aire frío de los bosques de la Forge daban un atractivo muy particular á los guisos de la criada.

Como tenía la cabeza inclinada sobre el plato, no vió el desdén con que se sonrió su protegido al oír las palabras que acababa de pronunciar: ¡Ordenarte!

La expresión del rostro de Fugeret se había vuelto extraordinariamente irónica y dura.

El joven contestó con una voz agria y dura que hizo levantar la cabeza al sacerdote.

—Venía esta mañana precisamente al presbiterio para hablarte de esto.

—¡Ah!

—Sí... Quiero anunciaros que renuncio al honor á que se me destina.

—¡Cómo!

El padre Aselin, después de esta exclamación, permaneció con la boca abierta y lleno de estupor.

La mano en que tenía el tenedor con un pedazo de tocino pinchado, quedó suspendida en el aire.

Si el techo de la habitación se hubiese hundido sobre la mesa, el pobre hombre no se hubiera quedado más sorprendido.

—¿He oído mal?—balbució.—¿Es cierto...? Repite.

Jaime Fugeret no se hizo rogar.

—Digo que no tengo valor para ordenarme.

—¿Tú?

—¡Yo!

—¿Lo mismo que tu compañero Jesús Piriac? ¡Te lo habrá aconsejado él!

—No le he vuelto á ver desde que se marchó de Rennes. Sé que está en la miseria... que no encuentra empleo... pero nada más.

—¿Te ha escrito?

—Algunas veces... hablándome de cosas insignificantes...

—¿De modo?...

—Me falta vocación.

—¡Desgraciado!

El joven se puso sombrío.

—¡Oh! ¡sí—repitió—desgraciado! Esa es la palabra. Para disponer de mí porvenir no se me ha consultado; preferiría ser tan ignorante como mi padre; vegetar ahuecando troncos para hacer zuecos más que poseer un saber inútil, más que leer los libros que caen en mis manos y los periódicos que relatan las fiestas que no son para mí, los festines de los demás y los

placeres, cuyo pensamiento tan solo me está prohibido. He tomado odio al camino por donde quieren que vaya.

—¿Pero es posible!

—Es cierto.

El padre Aselin suspiró ruidosamente, como un hombre al cual acaba de ocurrirle una gran desgracia, y solo después de algunos minutos de silencio contestó:

—Y entonces ¿qué es lo que vas á hacer?

Jaime Fugeret contestó con tono feroz:

—No lo sé.

El anciano hizo un último esfuerzo para convencerle.

Trató á su protegido—porque por él los señores de Arvil habían pagado la educación del joven—con una indulgencia paternal.

Le habló como un médico al niño enfermo; trató de demostrar las dificultades que le esperaban en otra carrera, la tranquilidad de que hubiera podido gozar en esta tan segura y modesta, la vanidad, en fin, hacia las alegrías de los placeres hacia los cuales se sentía arrastrado.

Pero encontró una resistencia tenaz.

Cansado, agotados los argumentos, haciendo un movimiento de irritación, concluyó haciendo á Jaime Fugeret esta pregunta:

—¿Pero qué es lo que esperas?

Recibió esta respuesta en la que se revelaban todos los apetitos y aspiraciones del bretón:

—No se lo que puedo esperar, pero si sé lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero gozar de la vida como todo el mundo, trabajar, ser rico,

El cura fué el que preguntó esta vez con una ironía mezclada de compasión:

—¿Quisiera saber como te arreglarás para llegar á ser rico?

—Como pueda.

—¿Tienes ya algún medio?

El anciano había colocado los codos sobre la mesa, y con la barbilla entre sus dos puños miraba fijamente al joven.

Jaime Fugeret no se desconcertó, con la frente surcada por profundas arrugas, con contraidos lábios, con biliosa mirada y tono de desafío, murmuró entre dientes:

—Quizás:

El abate Aselin reflexionó un momento.

Se preguntaba si estaba en presencia de un loco.

La serenidad del rostro de Jaime Fugeret le tranquilizó á medias.

Sus rasgos expresaban una seguridad y energía poco comunes.

El anciano se pasó las manos por la frente, lo que en él era indicio de un gran embarazo.

Hasta entonces nada le había hecho presentir la determinación de su protegido.

Algunas veces su criada por casualidad le había dicho;

—¡Caramba! sabeis que vuestro protegido tiene los ojos muy vivos, ú otras bromas del mismo género.

El excelente hombre se contentaba con murmurar entre dientes:

—¡Bah! ¡Ya se le pasará... ya se le pasará!

Al cabo de algún tiempo, no sin titubear, exclamó:

—Me has causado en verdad un gran pesar.

El contestó inmediatamente.

—Más grande os le hubiera causado si después de haber seguido vuestros consejos hubiera ahorcado los hábitos.

—Sin duda, sin duda. Pero la felicidad no está donde tú crees.

Y enseñando con la mano su pobre habitación, y señalando el exterior añadió:

—¿Qué te faltaría si tuvieses todo esto?

—Todo.

La palabra dió como una bala en los oídos del sacerdote; decididamente la rebelión era cierta.

Levantó los brazos, y con gesto desesperado añadió:

—¿Estarás más enfermo de lo que yo creía? Estás atacado de la enfermedad del siglo. Los vientos de tempestad han llegado hasta nuestros campos. No se oye hablar más que de gentes que aspiran á tener mucho dinero. Todos quieren vivir en medio del lujo. Todos quieren abandonar la casa paterna, la patria de sus abuelos, la aldea ó el castillo para ir á perderse en ese abismo de París, donde se arruinan por sus deseos desordenados ó por orgullo. Estás tan loco como los demás y perecerás como ellos.

—¡Palabrería!

Por primera vez el rostro del sacerdote se puso severo.

—Habrás llegado á perder hasta el sentimiento del respeto y del reconocimiento—dijo.

—No lo hubiera creído jamás. Si tu pobre madre te oyese, ¡qué desencanto!

—Pero como no me oye, y por más que haga no ha de sufrir por esta causa ni me lo ha

de echar en cara. El médico no oculta que han llegado sus últimos momentos. Aunque el ocultarlo sería inútil.

En los ojos del seminarista apareció una lágrima, y con rabia estrujo la servilleta y puso los codos sobre la mesa.

De repente exclamó:

—¡Para qué me habláis de mi madre! ¡Para qué revolver la hiel acumulada en este corazón donde si se halla algo bueno no es más que mi cariño para ella y mi agradecimiento para vos!... ¡Mi madre! ¡Qué vida ha llevado esa desgraciada mujer y que ha sido, sino como tantas otras, la víctima resignada de un destino al cual yo no quiero someterme? ¡No han sido mis privaciones y mis pesares los que me han desesperado, han sido los suyos! ¡La he visto muchas veces sin pan, cubierta con harapos como una mendiga, padeciendo de hambre y de frío, á pesar del asiduo trabajo de mi padre, tan laborioso, que se levantaba al rayar el alba, sin disfrutar del menor placer ni del reposo! ¿Y qué queréis? ¡Estos espectáculos no se pueden olvidar aunque se quiera!

—¿De modo?...

—¡Ya os lo he dicho todo! ¡Quiero tener una parte de libertad... de alegría... y de placeres!

—¡Humo! ¡Vanidad!

—¡Quiero marchar por una senda fija... salir del lodazal... subir... subir lo más arriba que pueda!...

—¡Quimera!

Jaime Fugeret pegó con el puño en la mesa.

—¡Lo quiero!—repitió obstinadamente.

—¿Y si no lo logras?

—Me veré vencido, y nada más. Es lo único que me puede ocurrir. Aceptaré la derrota y sus consecuencias... ¡Pero no será sin lucha!

—¡Para luchar hacen falta armas... dinero!... ¡No tienes ni el primer céntimo!

—¡Es verdad!

—¡De modo... que estás vencido desde un principio!

—¡Quizás!

—¿Reflexionarás?...

—Ya lo he hecho.

—¡Pobre muchacho!

Esta fué la última palabra del sacerdote, palabra de piedad, la misma que hubiera empleado para cualquiera de sus feligreses atacado de peste.

El almuerzo se terminó en el mayor silencio.

Después, el abate, salió con el joven, y enseñándole las cruces de piedra que siembran el cementerio, le dijo:

—¡Cualquier camino que se tome, aquí conduce! ¿Qué es la vida? ¡Un instante! ¡Un paso!

—Esto me lo he repetido cien veces, pero en vano.

Y el anciano, señalándole con el dedo el pórtico de la iglesia:

—Entra y reza—le dijo.

Jaime Fugeret movió negativamente la cabeza.

—He querido hacerlo... No puedo. Hasta la vista, señor cura, y gracias.

Y se alejó sin atreverse á estrechar la mano á aquel amigo, al que acababa de entristecer destruyendo sus ilusiones, y atravesando rápidamente el patio, desapareció en los bosques que

se extienden al lado opuesto y que dependen del castillo.

El abate Aselin le siguió con los ojos tanto tiempo como pudo y murmuró:

—¡Está perdido!

Una voz burlona se oyó detrás de él, que con compasivo acento por tanta credulidad, dijo:

—Hace mucho tiempo que os lo estoy repitiendo, pero no queréis jamás creer lo que se os dice.

Era la voz de Mariana, el ama del excelente cura.

El pobre hombre no contestó; abrió su tabaquera, llenóse los dedos de rapé, lo absorbió fuertemente, como si aquello hubiera podido proporcionarle algún consuelo.

II

Locura de amor.

Después de aquella explicación, que hubiera podido llegar á ser borrascosa sin la perfecta longanimidad del anciano, tan sorprendido como triste por la determinación que acababa de tomar aquel al cual se había acostumbrado á considerar como á hijo, Jaime Fugeret, con el corazón aliviado por aquellas declaraciones, se dirigió hacia el castillo, felicitándose por haber roto la cadena que tenía enroscada á su cuello:

Se veía libre.

¿Pero qué iba á hacer de la libertad?

No conocía el mundo.

No había tenido la menor preparación para